

---

# La maternidad en la ficción centroamericana del siglo XXI: sujeciones y resistencias

## Motherhood in 21st-century Central American Fiction: Constraints and Resistance

IVANNIA BARBOZA LEITÓN

Universidad de Costa Rica  
ivannia.barboza@ucr.ac.cr

**Resumen:** El artículo determina las dinámicas sociopolíticas agenciadas a los discursos narrativos de (no) ser madres desde las perspectivas de las mujeres en la narrativa del siglo XXI, específicamente en un corpus escrito por autoras centroamericanas. El análisis revela, desde los presupuestos teórico-metodológicos cómo el discurso patriarcal se impone con éxito en la gestión de la información, lo que contribuye, en las protagonistas, a comprender el papel preponderante de la maternidad: institución que sostiene a las sociedades capitalistas. Asimismo, hundidas mayormente en la sujeción de la maternidad, apenas alcanzan cierta noción de autonomía para ellas y para la descendencia. Las conclusiones arrojan que las protagonistas terminan siendo la medida especular de las sociedades centroamericanas. Las metáforas del diseño y del conducto aseguran la inexistencia y articulación epistémica en perjuicio de las corporalidades y de los derechos humanos para poseer una vida digna. Con una criatura a cuestas, la figura de la mujer se pierde y es posible que nunca se autorrecupere, dadas las tareas cotidianas pertinentes con las dinámicas sociopolíticas inmersas en el analfabetismo, la pobreza y la explotación laboral; salvo casos en que, a pesar de todo, alcanzan medianamente ciertas oportunidades para sus núcleos familiares.

**Palabras clave:** narrativa centroamericana, maternidad, patriarcado, violencia, embarazo, discurso

**Abstract:** The article determines the sociopolitical dynamics at work in narrative discourses about (not) being mothers from the perspectives of women in 21st-century narrative, specifically in a corpus written by Central American authors. The analysis reveals, based on theoretical and methodological assumptions, how patriarchal discourse successfully prevails in the management of information, which contributes to the protagonists' understanding of their preponderant role in motherhood, an institution that sustains capitalist societies. Furthermore, largely immersed in the subjugation of motherhood, they barely achieve a sense of autonomy for themselves and their offspring. The conclusions show that the protagonists end up being the mirror image of Central American societies. The metaphors of design and conduct ensure epistemic inexistence and articulation, to the detriment of corporality and the human rights to a dignified life. With a child in tow, the figure of the woman is lost and may never be recovered, given the daily tasks pertinent to sociopolitical dynamics, immersed in illiteracy, poverty, and labor exploitation, except in cases where, despite everything, they achieve certain opportunities for their families.

**Keywords:** Central American Narrative, Maternity, Patriarchy, Violence, Pregnancy, Discourse

**Recibido:** octubre de 2025; **aceptado:** diciembre de 2025.

**Cómo citar:** Barboza Leitón, Ivannia. "La maternidad en la ficción centroamericana del siglo XXI: sujeciones y resistencias". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 50.2 (2025): 180-203. Web.

Los hombres son puras bestias –siguió hablando sola–,  
sólo [sic] uno de mujer quiere a los hijos.  
¡Y cómo no...! si a uno [sic] le han dolido.

Carol Zardetto 127

Pero lo cierto era que sí tenía un romance y sí tenía planeado dejarla a ella y a las niñas si era necesario para iniciar una vida con una mujer que no tenía marcas de combate en ninguna parte del cuerpo. Iba a vender la casa y a marcharse con ella a vivir en la capital. Conseguiría un empleo en una organización de cooperación y tendría una vida feliz. Vería a las niñas cuando a su actual mujer se le pasara el enojo y les daría el dinero que no gastara en los hijos que iba a tener con su nueva compañera de vida. Con el tiempo, ellas entenderían que él tenía derecho de ser feliz después de lo mucho que había arriesgado durante la guerra. Si no lo comprendían, sería problema de ellas.

Claudia Hernández 82

## Introducción

Es posible rastrear en la literatura personajes femeninos que cuestionan las implicaciones de la maternidad en sus mundos de vida y en los contextos en los que se desenvuelven ficcionalmente. Algunas producciones literarias, como las que analiza G. Raquel Pina concretan el papel de “la literatura [que] puede convertirse en un espacio de resistencia, especialmente en esa dimensión en la que se entrecruzan los discursos sobre la mujer, la maternidad y el espacio privado” (298).<sup>1</sup> En efecto, también las producciones literarias aluden a las dinámicas del poder instituido y manejado por las sociedades patriarcales capitalistas, las cuales enganchan a las mujeres como madres y como ciudadanas (ver Pina 301). Consecuentemente, se vislumbran cómo algunas mujeres se transforman, en situaciones coyunturales, en las mayores censuradoras de los personajes femeninos. Con ello, se alcanza lo que el patriarcado ha concretado en uno de sus máximos cometidos: hacer que haya una división tajante entre las mujeres, causada por los hombres, las maternidades, la corporalidad, la vida privada y la vida externa al hogar (ver Pina 309).

Por ello, estudiar las representaciones literarias e identitarias de las mujeres madres, o de las que no lo son, en la narrativa reciente de Centroamérica presupone un abordaje desde lo escrito por las mismas autoras. En la revisión propuesta para este artículo resaltan cuatro obras, en las cuales descuellan diversas aproximaciones a las vivencias ficcionalizadas de las mujeres-madres.

*Entre altares y espejos* (2000) de María Gallo es una novela engarzada por la religión y la superstición en la figura del personaje central femenino Benigna.<sup>2</sup> Ella retrotrae vivencias y recuerdos de la niñez en su natal León (Nicaragua). Al hacerlo, se posiciona para mostrar el mundo de vida de su abuela –el pasado–, y el suyo propio, con visos al futuro de su círculo familiar. De *Una cierta nostalgia* (2000) de María Eugenia Ramos, el cuento “El círculo” muestra una situación en

<sup>1</sup> La crítica literaria analiza producciones de Diamela Eltit, Ana María Shua, Luisa Valenzuela y Clarice Lispector.

<sup>2</sup> Escritora, poeta y pintora nicaragüense nacida en 1954. Albino Chacón señala “Gallo publicó sus primeros trabajos de poesía en los Talleres de Poesía Libre, durante la Revolución Popular Sandinista, y sus primeras narraciones en las revistas *Ideay Puej* y *Artefacto*” (192).

la que Marta traspasa dos dimensiones, una aparentemente real, de vida cotidiana con trabajo, casa y pareja; y otra, de tinieblas y sombras.<sup>3</sup>

Tanto en la novela de Gallo como en el relato de Ramos, las protagonistas enuncian el deseo de no tener hijos, solo que en la obra de Gallo finalmente, Benigna procrea dos. La especificidad en Ramos, con respecto del resto de los textos, radica en la contraposición de un personaje femenino que, aunque escucha y reconoce la imposición social por tener hijos, no atiende a esa presión. Además, permite diversificar el estudio desde una distinción discursiva del personaje femenino en cuanto a la ausencia de su maternidad.

*ConPasión absoluta* (2005) de Carol Zardetto sustenta desde la historia familiar un trayecto histórico de Guatemala, en donde las mujeres de una familia indígena en condición de pobreza son violentadas en todas sus manifestaciones.<sup>4</sup> Quien narra (Irene Ferrara) pretende, desde esa saga familiar, otorgar sentido a la nación, al núcleo familiar y a sí misma a través de la memoria y la posterior escritura. Cabe aclarar que los testimonios en Zardetto están mediados por Irene (narradora homodiegética), colocada en los espacios, los tiempos y las circunstancias de sus antepasadas para dar cuenta de sus mundos de vida y de las maternidades.

La última obra por su fecha de publicación, *Roza tumba quema* (2017) de Claudia Hernández, es figurativamente como un murmullo de voces, pues entreteje las violencias experimentadas de una exguerrillera (referenciada como aparentemente salvadoreña), las de su círculo familiar y las de la comunidad.<sup>5</sup> La madre (sin nombre en la novela) enfrenta distintos obstáculos, entre ellos ser sobreviviente del conflicto armado, y la atención y manutención de sus cuatro

<sup>3</sup> María Eugenia Ramos (1959) es hondureña, destaca como poeta, ensayista y narradora. Al respecto, Chacón escribe: “[...] en la narrativa, como complemento de un fuerte sustrato realista, baraja las cartas de lo simbólico y alegórico, especialmente cuando aborda temas feministas” (376). Acerca de su libro pueden hallarse estas otras referencias en la web: Arita, Dennis. “El mundo perturbador de *Una cierta nostalgia*”. *Carátula* 25 de noviembre 2017: s.p.; Rolla, Sara. “El oficio narrativo de María Eugenia Ramos”. *diSentimientos. El blog de María Eugenia Ramos* 7 de octubre 2012: s.p.; Membreño Cedillo, Mario A. “Análisis crítico de Mario A. Membreño Cedillo sobre *Una cierta nostalgia*. Cuando se llevaron la noche”. *diSentimientos. El blog de María Eugenia Ramos* 1 de marzo 2011: s.p.; Grégori, Ruth. Reseña del libro de cuentos *Una cierta nostalgia*, de la escritora hondureña María Eugenia Ramos. *La ZēBrA* 1 de febrero 2018: s.p. Este conjunto de menciones del cuentario expone una visión general del ejercicio narrativo de la autora. Con respecto del año consignado para el cuentario de donde se extrae “El círculo”, señalo tres fechas. La primera se cita en Consuelo Meza Márquez en *Diccionario bibliográfico de narradoras centroamericanas con obra publicada entre 1890 y 2010* (2011) en el cual se indica el año 1998 (291). Luego en *Penélope. Setenta y cinco cuentistas centroamericanas* (2017) acota el año 2000 (684), en esto coincide con Chacón (376). La edición empleada (Guardabarranco) para el artículo consigna que es la primera y señala el año 2000.

<sup>4</sup> Nacida en 1959, Zardetto es abogada y narradora guatemalteca. Su última novela se titula *Cuando los Rolling Stones llegaron a La Habana* en 2019. *ConPasión absoluta* destaca, pues con ella, Zardetto sería la primera mujer en recibir el Premio Mario Monteforte Toledo.

<sup>5</sup> Claudia Hernández (El Salvador) es reconocida como una escritora prolífica y crítica del entorno de su nación. Es la más joven de las autoras seleccionadas, pues nació en 1975, posee estudios en Comunicaciones y Derecho. La narrativa de Hernández ha sido objeto de reconocimiento. Ha obtenido el Premio “Juan Rulfo” de Radio Francia Internacional, en la categoría de cuento (1998). En el año 2004 recibió el Premio “Anna Seghers” (Alemania) por la obra publicada.

hijas.<sup>6</sup> La vida cotidiana para una mujer sin pareja con hijas es dura, a esto se le adicionan las intimidaciones normalizadas en la comuna.

Los textos literarios son significativos en la medida en que retrata a mujeres que han enfrentado maternidades con las posibilidades cognitivas, emocionales y socioculturales que tienen en su haber. Para ello, el objetivo propuesto es determinar las dinámicas sociopolíticas agenciadas a los discursos narrativos de (no) ser madres desde las perspectivas de las protagonistas en la prosa centroamericana del siglo XXI, para la comprensión de las sujeciones y resistencias de la corporalidad femenina.

El corpus seleccionado permite extender, además, implicaciones acerca del objetivo planteado: la capacidad de enunciación de las protagonistas cuando asumen o rechazan la maternidad, las sujeciones continuas a la vida familiar con más descendencia, el abandono de la pareja, el sostenimiento económico y, por último, las resiliencias de las mujeres.

Consecuentemente, subyace una gama de discursos que se intersecan en el punto medio que es el patriarcado. Dado que en las mujeres protagonistas su capacidad decisiva acerca de la maternidad es nula, propositivamente, se señala como argumento la capacidad y eficiencia de los diferentes discursos emanados del patriarcado acerca de imposición de la maternidad como dinámica sociopolítica. El tránsito de esos discursos impositivos proviene desde la iglesia católica, las mujeres mismas y los hombres; en fin, el colectivo.

Cuando las mujeres afrontan la maternidad en el corpus, no solo han accedido medianamente a la imposición reproductiva, sino que, además, encarnan las violencias de cómo fue impuesta esa maternidad. Asumir que ser madres es una tarea única vinculada al círculo de la preñez, invisibiliza prácticas de sujeción, resistencias y sobrevivencias que no son articuladas como derivación de la violencia primera que fue el embarazo en las protagonistas.

El caso es que las narrativas están trenzadas por las dinámicas sociopolíticas que sostienen y reproducen discursos subrepticios de la maternidad como institución. Las perspectivas de las mujeres en las obras centroamericanas gravitan en marcos de aceptación de la maternidad porque es lo que corresponde, es lo que acontece y no hay vías para evadirla, por lo que es comprensible un encadenamiento a una serie de sujeciones de la corporalidad y de sus subjetividades. Los personajes femeninos se pierden en la institucionalidad de la maternidad, se subsumen en la colectividad de esta como práctica social acuerpada en lo público, inhiben sus propios deseos bajo la égida del pensamiento masculino.

Por lo anterior, el artículo se organiza en dos apartados. El primero de los acápites se titula *La violencia oculta en la maternidad*, que contextualiza en las narraciones los mecanismos discursivos que contribuyen a que las mujeres protagonistas asuman la maternidad como imposición. Es decir, las producciones culturales literarias exhiben sujeciones y normalizaciones de la maternidad

<sup>6</sup> Fátima Villalta resalta el estilo indirecto libre, con lo cual “de forma deliberada la dificultad sintáctica de esta vía narrativa para mostrarnos una serie de personajes sin nombre a los que únicamente conocemos por la función que se les ha asignado en la jerarquía familiar; estas son, por ejemplo: la madre, la hija primera, la hija que vive fuera, la abuela o la amiga. Aunque se trata de personajes diferentes, todas a su vez podrían ser la misma persona dada la polifonía de la novela” (78).

impuesta desde la praxis, esta viene acompañada de una significación discursiva. En el segundo, *La autonomía decisoria se cuele por las grietas del patriarcado*, se exponen las escasas posibilidades que las protagonistas vislumbraron, en algún momento, acerca de la autonomía de no ser madres y regirse como seres humanos con derechos e independencia de la norma patriarcal de la maternidad. Son formas de resistencia en los bordes de las circunstancias que terminan por subsumir a las mujeres a la función única y primaria para el patriarcado: la de procrear. Finalmente, se muestran las *Conclusiones*.

## La violencia oculta en la maternidad

Cuando personajes como la abuela, la madre y la tía de Irene en *ConPasión absoluta*; la exguerrillera en *Roza tumba quema*, y Fidelina, Benigna y Lucía en *Entre altares y espejos* coinciden en maternidades forzadas, no es casualidad que productos artísticos como las novelas reflejen lo que las sociedades han demostrado como una norma común no cuestionada.

También es un elemento cohesionador que las mujeres en clara desventaja social y económica terminen por afrontar paternidades irresponsables, ya no son solo ellas las personas que han sido desechadas por los hombres, las criaturas han sido abandonadas y dependen totalmente de las figuras maternas (madres, abuelas, tías, hermanas). Por ello, en las tramas, las protagonistas encarnan “la organización física que durante generaciones de mujeres ha significado una maternidad obligada y no elegida, [que] constituye todavía una fuente femenina apenas tocada o comprendida” (Rich 361).

Aunque se aparte de las líneas del resto de las obras seleccionadas, el cuento de Ramos no violenta físicamente a la protagonista con un embarazo no deseado. Al contrario, lo hace desde las palabras recriminatorias de la suegra y del vecino, lo cual a todas luces es también una forma de censura.

En este acápite convergen las representaciones de las maternidades y la coacción de forzarlas. Con las maternidades impuestas opera un acallamiento de quienes cometen tales actos vejatorios (violaciones, desatención de la pareja con la criatura, no pago de la manutención económica, por ejemplo) y el abandono, cuando se han establecido nexos de pareja. La constitución de una relación de pareja en las obras también es cuestionada, aunque no abiertamente, en su mayoría las protagonistas manifiestan la agresión de la infidelidad y despreocupación por la descendencia tenida en común.

De lo anterior se extraen entonces tres líneas precisas de violencias asociadas a la maternidad: en primer lugar, la posesión del cuerpo femenino (opera el estupro, lo que indica que hay protagonistas niñas y hay violación). Los asomos de conciencia y de vocalización de tales actos son nulos (tanto en los hombres como en las mujeres), por lo que podría considerarse que, si las protagonistas no denominan esas violencias, es como si no hubieran acontecido. En segundo lugar, el embarazo es apenas mencionado narrativamente, pero sí existe como tal en el corpus, *ConPasión absoluta* y *Roza tumba quema* dedican más espacio a su mención. Por último, más distanciadas con respecto del acto primero, las agresiones se extienden hacia la mujer madre y hacia la criatura (ambas se desechan en aras de no atender las responsabilidades económicas, de cuidado y crianza).

En la institucionalidad de la maternidad subyace una idea común: todas las mujeres, o una mayoría de ellas, son madres; esto por razón de un silogismo impositivo que señala que toda figura femenina debe ser madre. Aunque las situaciones experimentadas acerca de las maternidades son comunes en las obras –al menos en las novelas–, se erige predominantemente en las narrativas el silencio y la ausencia de cuestionamiento en el papel que, como reproductoras y gestoras de otros seres humanos, han tenido las protagonistas. Al respecto, Rich sostiene que las implicaciones que, como seres humanos, se les han normalizado, normado e impuesto a lo largo de la existencia a las mujeres, han sido arraigadas porque estas son caracterizadas como únicamente medio de reproducción (ver 57).

De eso se desprende, además, que las protagonistas transitan narrativamente por un silencio acerca del tópico de la maternidad. Se les han silenciado las voces, se les ha coartado la autonomía decisoria sobre sus mundos de vida y sobre la determinación de ser madres o no serlo. *Con Pasión absoluta* ilustra una denigración en el uso, el desecho y el desprecio en un personaje femenino secundario:

El mulato nunca la quiso y se la tuvo que llevar como un objeto desvalorizado que ya nadie quiere. Él tomó la exigencia de cumplirle como una humillación, algo por lo que haría pagar a todos –pero especialmente a ella y al hijo que estaba por nacer–, con una maldad violenta y perpetua que moldearía sus vidas, como a la roca la persistencia de las olas del mar. (36)

La violencia relatada en la voz de Irene evidencia diversos estadios y personas que se correlacionan con el resto de las novelas. El fragmento establece una línea de tiempo en cuanto al desecho de la tía como objeto de uso sexual, luego de embarazada y, con un hijo, la prolongación del rechazo hacia ambos se mantiene.

Del mismo modo, se infiere, además, que las manifestaciones del abuso e intromisión en las corporalidades femeninas son de muy diversa índole y convergen en la maternidad. Y alcanzan mayor grado de complejidad cuando, como sucede con la madre de Irene (la Nena); con Lucía, la hija de Fidelina en *Entre altares y espejos*; o, como acontece en *Roza tumba quema*, las parejas no atienden la responsabilidad paterna.

Cuando se piensa en maternidad la sociedad, mayormente, idealiza el acto de ser madre, el parto, el nacimiento de la criatura y la crianza; no obstante, para alcanzar esa serie de estadios de “cualidad de madre” han operado una serie de actos tanto físicos como emocionales que no se cuestionan, dado el peso que socialmente significa la preñez y la asunción al mundo de seres humanos.<sup>7</sup> En esa cadena de cualidad que es ser madre, subyacen atropellos que no acaban con el nacimiento, al contrario, se extienden en dimensión y en profundidad cuando ni siquiera se alcanza conciencia de eso. Tal como se explicitó en el fragmento anterior con la metáfora de la roca golpeada por el mar, y de la forma en que la figura masculina piensa devolver el acto de humillación cuando se le exige casarse para cuidar el honor de la tía de Irene.

<sup>7</sup> <https://dle.rae.es/maternidad>.

Uno de los primeros rasgos detectado en el corpus es la predominancia de un silencio acerca de la maternidad por parte de las mismas mujeres (evidenciado desde antes de la concepción), por lo que cabe la coincidencia de ambos marcos de análisis, el teórico y el metodológico. Esto se expresa en Rich con la inexistencia de un discurso respecto de una posición sobre la maternidad, que ha llevado consecuentemente a silenciar a las mujeres; estas son solamente sujetas de marginación, pero objetos y motivo de discusión discursiva constituida por el patriarcado. En palabras de Rich, lo anterior se constata con la afirmación “sabía tan sólo [*sic*] que tener un hijo presumía asumir plenamente la feminidad adulta, que era ‘demostrarme a mí misma’ que yo era ‘como las demás mujeres’” (69).

El accionar coercitivo de la sociedad patriarcal hacia las mujeres y la maternidad se constituye también desde lo que Tomlin, Forrest, Pu & Kim han denominado “algún tipo de *representación conceptual* del asunto en discusión. Esta representación es el “significado” fundamental con el que trabaja el hablante para construir un discurso” [el resaltado es del original] (114). En esa cohesión que Rich denomina la concreción de la maternidad como institución surge una convención instituida, en este caso, por el pensamiento patriarcal.

En *Semántica del discurso*, Tomlin, Forrest, Pu & Kim desprenden del acto lingüístico discursivo una acción producto de una idea en la que “el hablante nunca produce *tan sólo* una representación conceptual por medio del lenguaje. El hablante siempre tiene algún *propósito o meta*, posiblemente varios, en mente” [*sic*] [el resaltado es del original] (114). Por ello, el hablante constituido por el patriarcado se inmiscuye en las existencias de las mujeres, no se reconoce en sus pensamientos y en su discurso, pero se condensa en las acciones que las sujetan a su condición de seres reproductoras en el ámbito privado.

La magnitud de la violencia de los hechos engendradores sobresale en Zardetto, Gallo y Hernández, y con ello una praxis discursiva también. En una sujeción colonial, don Juan (patrón de origen español, viudo, adinerado, amo y señor de una hacienda) intimida a Fidelina (madre de Benigna) para tener relaciones sexuales. Ella, en una visión romantizada en la trama, experimenta “tranquila y feliz su papel de amante y criada. El hombre era su amante por las noches, y su patrón por el día” (Gallo 74).

En una aproximación a la crítica literaria acerca del corpus, esta se ciñe al tema de la maternidad o a la ausencia de ella. Para el caso de la novela de Gallo, rastrear crítica literaria es una tarea que arrojó pocos resultados.<sup>8</sup> Nathalie Besse explora las estrategias que Fidelina aunó con su condición de mujer pobre, analfabeta, indígena y madre soltera; para hacerle frente, desde la magia, a los preceptos de una sociedad clasista, patriarcal y dominante.

Besse manifiesta que “aunque Fidelina encuentra su independencia y una forma de poder en la magia y el espiritismo [...] sus tomas de poder provisionales no logran borrar una identidad indeleble, anclada en un cuerpo semantizado y codificado por la sociedad” (7). Hay comentarios (también reducidos) acerca de la novela en la web, no obstante, el análisis que hizo Besse brinda un universo

<sup>8</sup> La única fuente de información que encontré fue este blog con comentarios sobre la novela: Aldana, Aldo G. “Entre Altares y Espejos. Mi humilde opinión No. 99”. *El forastero lector* 26 de marzo 2024: s.p.

de estudio que conjuga ese mundo femenino, mágico y de rebeldía, contra la institucionalidad masculina de finales del siglo XIX y principios del XX.

A pesar de que la novela de Gallo se publica en el 2000, el posicionamiento histórico y narrativo flota en dimensiones del siglo XIX y principios del XX, no obstante, abre un portal que no termina de cerrarse. Con la sociedad colonial (presente en Gallo y Zardetto), se continúa por la llegada de la Modernidad (Zardetto) para, finalmente, exponer dinámicas de las sociedades capitalistas (Ramos y Hernández). En todas esas sociedades el patriarcado se ha entronizado en la construcción sociopolítica obstaculizadora de la autonomía de las mujeres en las sociedades centroamericanas.<sup>9</sup>

*ConPasión absoluta* de Zardetto ahonda con detalle la llegada de la modernidad que no significó ruptura en la nación guatemalteca. Al contrario, como un continuum, Victoria experimentó el asedio y la violación, como la nación misma que no abandonaría la sujeción al poder colonial:

Pudo haber sucedido cualquier día, quizá en los cafetales, una de esas tardes en que bajó a lavar la ropa al río. Ella nunca mencionó cuándo. Habló, sin embargo, de su inicial estupor frente a *la presencia del hombre* en su cuerpo, habló de ese olor penetrante, de esa sensación de sentirse abierta y descoyuntada [el resaltado es del original]. (60)

La novela lleva consigo otra forma de historiar a Guatemala desde, con y para las mujeres. Munir Hachimi Guerrero refiere a *ConPasión absoluta* en el agrupamiento de las obras en las que el conflicto armado aparece de alguna forma mencionado o tratado. Sostiene la autora que “*Con pasión absoluta* es una (H/h)istoria de Guatemala narrada por tres generaciones de mujeres” (271). En la que el nomadismo temático marca a la protagonista, quien transita en el pasado, llega a Guatemala y reaviva su condición de mestiza (ver Guerrero 272).

Julie Marchio, por otro lado, brinda una teorización acerca de la narrativa escrita por mujeres en la que el género de novela histórica resignifica no solo a la nación misma, sino que además historiza a seres marginales como las mujeres. La memoria en *ConPasión absoluta* “contrapone el discurso impersonal de la historia política al discurso íntimo de la memoria [...] Estos dos acercamientos opuestos al pasado, que remiten respectivamente a una visión masculina y femenina en función del espacio ocupado respecto al poder” (120) son abordados en la función de las maternidades también, ya que caracterizan el entramado narrativo que devela un accionar histórico en sociedades de claro sesgo colonial.

Así también, María Bonilla gravita en temas cercanos a este enfoque cuando explica que la protagonista de la novela de Zardetto, desde la visión

<sup>9</sup> *Entre altares y espejos* retrata una cuasi abandonada estructura social y de explotación de la época colonial en Nicaragua, metonimia de una configuración predominantemente latinoamericana impuesta por la colonización española. Esta estructura colonial pervive en modelos/prototipos de dominio y posesión del patriarcado con nociones de control sobre los cuerpos y las mentes, por eso particularmente, entran en juego la iglesia católica en sus ramificaciones de la educación; la asistencia social —con claros matices de adoctrinamiento; expansiones, tanto en la vida pública como privada, de los señores adinerados y del séquito de personas a su servidumbre, y sostenibilidad de sus terrenos, de la alimentación y del cuidado de sus propiedades. Otra razón por la que otra obra puede parecer anacrónica con respecto del resto es que se erige como punto de arranque para vincular una similar narrativa que le da continuidad a esos paradigmas de dominación femenina como posesión heredada de la colonia: *ConPasión absoluta*.

de una búsqueda a veces inalcanzable de un lugar, adquiere “una construcción-reconstrucción de la identidad femenina” (92). Con lo que, consecuentemente, la protagonista debió superar imposiciones maternas, vivir su sexualidad en libertad y hallarse de nuevo en la patria que abandonó por años. Es un viaje interno y externo, de sí misma (lo privado, lo íntimo) en concordancia con la vida pública de la nación guatemalteca.

Para Tomlin, Forrest, Pu & Kim (ver 114), la construcción discursiva trabaja con dos metáforas: la del conducto y la del diseño. En la primera se destaca, en homologación con las obras seleccionadas, la sociedad patriarcal sustentada desde las instituciones, en cuyo seno subyace un “significado intencionado” (109). No obstante, pueden acontecer circunstancias que obstruyan el proceso comunicativo: tanto el hablante pudo haber fallado cuando no es claro con el significado proyectado o bien, cuando no es recibido con éxito, dado que la persona oyente no supo extraer de la mejor manera “los matices semánticos apropiados” (109).

El grado de éxito en la alienación hacia la maternidad es tal que las protagonistas cumplen con su descendencia y lo hacen en forma notable para salir adelante en la situación en que se encuentran. Hay un vacío discursivo desde sus voces narrativas, o desde la voz predominante del narrador omnisciente, acerca de no ser madres y con ello, el sentido destacado de la metáfora del conducto. Para que acontezca sin cuestionamiento la maternidad en la vida de las protagonistas, el “significado intencionado” (Tomlin, Forrest, Pu & Kim 109) ha vehiculado diversas narrativas de la institucionalidad social, religiosa y biológica; dado que, si son mujeres, madres lo serán también.

En *Entre altares y espejos* la cadena de violencia contra Fidelina, a quien primero le acontecen los hechos de una maternidad, desprecio y abandono, se extenderán, por destino de ser mujeres, al resto de sus familiares.<sup>10</sup> En Gallo destaca sobremanera la pobreza en manos femeninas. Al respecto, Fedirici acota que las faenas domésticas son “trabajo —el trabajo de producir y reproducir la fuerza de trabajo— exponiendo de esta manera la enorme cantidad de trabajo no remunerado que es invisibilizado sin que nadie se cuestiona cómo se hace y quién lo hace” (94).

No obstante, en la novela de Gallo se sostiene la noción de que la fe en la tradición católica alivia todo pesar y rastro de violencia, pues el destino es cuestión divina (evidentemente patriarcal); por lo que leemos: “si las mujeres ya nacimos malas” (Gallo 73). Prejuicio que en la sociedad leonesa de finales del siglo XIX e inicios del XX se traduce en la marginación de las mujeres a solamente las labores domésticas como fuerza laboral, esto como dominio cristiano y como un claro ejemplo de adoctrinamiento en la servidumbre, necesario para los feudos de la comunidad.

<sup>10</sup> Fidelina es la representación del pasado colonial nicaragüense, asentado en León, en contraste con los aires libertinos de Managua. Managua es el progreso, la modernidad frente a la barbarie de León, esto a los ojos de Lucía. Ella es hija de Fidelina, concebida con el amo español. Lucía, a su vez, se traslada a la capital nicaragüense donde es forzada a contraer matrimonio. Infortunadamente, luego del nacimiento de Benigna, su marido es señalado por el vecindario como hombre infiel que abandona las responsabilidades familiares. Finalmente, Benigna engendra dos criaturas (ambas en matrimonio, el niño queda huérfano de padre, quien es alcohólico; con la segunda pareja, ella tiene a Leonor con un hombre de mal genio).

En esa concatenación de discursos, en los que preponderantemente fluye la metáfora del conducto al ser extraída del artefacto, como lo denominan Tomlin, Forrest, Pu & Kim (ver 109), se dispersa en una variedad de sentidos semánticos. Ocurre, entonces, que en gestión temática hay “ciertos conceptos y proposiciones [que] parecen ser más centrales o importantes para el desarrollo que otros. Estos conceptos y proposiciones centrales proporcionan el marco o andamiaje en torno del cual se ubican los detalles del discurso” (133).

Hasta el momento, sobresalen en el encadenamiento hacia la maternidad ejes como los siguientes: 1. El acceso al cuerpo femenino (mediante relación de estupro y violación); 2. El embarazo; 3. El abandono de la pareja y de la criatura. Por ello, la focalización que mencionan Tomlin, Forrest, Pu & Kim, en cuanto a los ejes semánticos preponderantes, se inclina de ahora en adelante hacia las protagonistas madres, dejando de lado las circunstancias que antecedieron y precedieron al embarazo. En un futuro más cercano la anulación social de la madre alcanza a valorar solo a la niñez, por ello, en la vivencia actual de violencia femicida centroamericana se manifiesta la protección de la niñez que ha quedado huérfana de madre. La madre, ya inexistente como ser humano, no cuenta en los noticieros, solo la descendencia y el agresor.

Las redes familiares y comunitarias no aportan discursivamente acerca del tema, hay un acuerdo tácito en que lo sucedido y la derivación en un embarazo se afronta desde la figura femenina, otra concreción más de la metáfora del conducto. Desprovistas de una enunciación y mucho menos de acciones, las protagonistas, cuando atienden sus embarazos, se subsumen en el colectivo femenino de sus comunidades y de sus redes familiares. Se da por descontado que todas ellas velarán por su descendencia, porque si no lo hacen caerá sobre ellas el juicio social, moral y divino.

*Roza tumba quema* sigue la línea de coacción del dominio corporal de los hombres sobre las mujeres. Al igual que acontece con las otras dos novelas, las protagonistas son menores de edad, víctimas de estupro y de violación. Hernández, por su lado, en *Roza tumba quema* retrata un contexto revolucionario en donde la niña protagonista de 14 años es violentada con el estupro y un embarazo. Sobre esto último, cae el peso recriminatorio por *haberse dejado preñar*<sup>11</sup>:

El hombre con el que la concibió dirigía algunas operaciones. Tendría al menos diez años más que ella [...] Él era un jefe. Debían dar el ejemplo. Estaba prohibido tener hijos en el frente de batalla. ¿Acaso no se lo habían dicho? ¿Cómo se le había ocurrido embarazarse? (Hernández 57)

Destaca en el fragmento anterior una noción de dinamismo en el acto de embarazarse de la protagonista, con lo cual se descarta todo hecho culpabilizador al guerrillero. Nótese entonces que el resultado de la preñez es tropiezo de las mujeres, en tanto el discurso patriarcal ha traspasado la eternidad de los tiempos, para concretarse en las corporalidades y en las sociedades, como recurso de dominación. Forzar las maternidades en las protagonistas no cierra el marco de sujeción. Al contrario, con ellas se despliegan responsabilidades más pesadas: la paternidad irresponsable, la violencia de género, la exclusión y desatención

<sup>11</sup> El resaltado es mío, I.B.L.

en las sociedades centroamericanas en cuanto a la prevención y a la procura de métodos de anticoncepción, y el acceso a la educación y a la formación que les permita mejores recursos para sí mismas como jefas de familia y para sus descendientes.

Acerca de *Roza tumba quema*, Villalta ha destacado un encadenamiento en el estilismo de no mencionar a las protagonistas por sus nombres, sino que, además, permite emplear un recurso simbólico “porque las cinco hijas pueden encarnar una sola idea abstracta: la maternidad y la relación madre e hija” (81). Sobre esto precisamente transitan las violencias hacia las mujeres: tanto las abuelas, como las madres, las hijas y las nietas; todas ellas encarnarán la maternidad en las sociedades, hasta tanto no se desarticule el binomio mujer-madre. Ese colectivo, indudablemente, sostiene en las sociedades centroamericanas al género femenino cuando de maternidades, cuidados y atenciones se trata.

Aunque alejada temporal y temáticamente de *Roza tumba quema*, en “Huérfanas y otras sin madre”, Bárbara Dröscher contextualiza la narrativa centroamericana en la que prevalece la escrita por mujeres y, como lema, el tema de la orfandad. La noción de maternidad en la novela de Hernández se expande en la madre desde un sentido de sobreprotección, esto para que no suceda con la hija mayor un alejamiento similar. La mujer exguerrillera no deja solas a sus cuatro hijas, si su hija mayor vivió el desamparo de quien es la figura por antonomasia de protección, lo mismo no sucederá con las que tiene ahora.

Dröscher (ver 268) enfatiza que, a pesar de la ausencia materna, las mujeres protagonistas de las obras revisadas no dejaron de hacer las acciones propias de la guerrilla, ni una reivindicación erótica en la coyuntura de los procesos de modernización de América Central, en donde la práctica, el fenómeno o la construcción de la maternidad es un quehacer político. Por contraste, la madre en *Roza tumba quema* transformó a “la hija secuestrada [...] como la pieza simbólica clave de una maternidad incompleta y de las memorias del conflicto armado que intentan ser sanadas” (Villalta 86).<sup>12</sup> También resulta contrastante, desde la óptica de Dröscher, que en todas las obras no se trate el tema erótico, solo cabe, lamentablemente, una unión sexual y un embarazo, como aconteció en el corpus.

Por otro lado, “El círculo” descuelga con respecto del resto del corpus. En el relato no hay uniones de parejas forzadas ni agresiones sexuales como las vistas anteriormente. El resto sí manifiesta la continuidad de madres solteras que deben procurar su sustento en notables condiciones de desigualdad. Ejemplo de lo anterior acontece en *Entre altares y espejos*, cuando Fidelina es expulsada de la casa del hacendado español sin reconocimiento de la niña nacida, ni de la labor como criada. Echada a su suerte, Fidelina, quizás la figura más irreverente de sincretismo religioso —ella maneja las artes de la brujería—, aprende por sí misma las tretas para sobrevivir en el León de principios del siglo XX.

La abuela de Irene, así como la tía Ibis, conforman una unidad familiar que debe hacerle frente a las penurias económicas; encadenamiento que sigue la Nena (madre de Irene, la protagonista), quien también engendra, siendo muy joven, dos niños con un hombre casado.

<sup>12</sup> Dröscher analiza obras de Carmen Naranjo, Ana María Rodas, Gioconda Belli, Gloria Guardia, entre otras escritoras.

Nótese en lo analizado hasta el momento la edad de las protagonistas: todas ellas son menores de edad, con lo que se enlaza para el contexto centroamericano la ausencia de medidas que atiendan esas dinámicas de sujeción. Surgen ciertos ribetes de resistencia en cuanto a no querer concebir ni atender descendencia. Aunque las obras son producciones artísticas que emanan desde las geografías de las autoras, no están ni medianamente desvinculadas de las realidades de las naciones ilustradas en las narrativas. Según el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), en un estudio reciente del 2020, Guatemala mostraba que las madres tempranas (rango contemplado entre los 10 y 19 años) representan el 64% frente a un 2% de madres adultas (8); por otro lado, “Nicaragua es el país de la región con la tasa más alta de maternidad adolescente. En este país, casi 1 de cada 5 mujeres jóvenes de 15 a 19 años” (UNFPA 2020), mientras que El Salvador supera el 15%, según el Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe (2023).<sup>13</sup>

La madre ex guerrillera, al igual que el resto, se halla en las puertas del trabajo duro para mantener a las cuatro hijas que le quedan; unas vislumbrando un mejor futuro con estudios universitarios, pero con escasísimas posibilidades financieras para enviarlas a educar a la capital. Es notable que en las novelas los nombres masculinos son apenas mencionados (hay ausencia notable en *ConPasión absoluta* y en *Roza tumba quema*), ilustrando las masculinidades ausentes en la configuración de la familia, así como en la crianza y educación de la niñez.

Estas vejaciones, que pasan ahora al plano de la desatención de las criaturas, habían iniciado con el encuentro del acto sexual (sea violación o estupro) con las protagonistas. Transitan luego al abandono, al desinterés después de alcanzado el acceso a la corporalidad de las mujeres (como objeto de deseo, uso y desecho), para culminar en la paternidad irresponsable y en la carga de la madre de velar por sí misma y la criatura.

A lo anterior se suma la violencia de los gobernantes: la abuela Victoria asiste al palacio presidencial a hablar con el general Jorge Ubico Castañeda (1878-1946) para solicitarle que el padre de la Nena pague el dinero atrasado de la manutención de la niña. El *pater familias* le menciona que “la ley no puede ser igual con todos” (Zardetto 130), con lo cual se justifica la exclusión para regañar y castigar a don Manuel de la Rosa. En su lugar, obliga a Victoria a laborar como maestra en zonas rurales, insalubres y con graves deficiencias en las rutas del camino, en las instalaciones y en las posibilidades de mejora para ella y los suyos. Este ejemplo ilustra lo que Fedirici analiza desde la óptica de la emancipación feminista: no alcanza solo con referirse a la autonomía con respecto de los hombres, sino que “también respecto del capital y del Estado” (29).

Otro ejemplo de perjuicio acontece, en su forma más brusca, cuando la madre guerrillera, quien es la que lleva el peso del castigo por el embarazo en tiempo de conflicto armado, debe entregar la criatura a unas monjas, estas la venden a unas personas extranjeras que la llevan a Francia, como se lee en Reyes:

El embarazo, [...] hizo a las mujeres vulnerables y obsoletas como soldados. En caso de que se produjera un embarazo, eran las mujeres las que, a menudo, se esperaba que

<sup>13</sup> <https://oig.cepal.org/es/indicadores/maternidad-adolescentes>.

asumieran la responsabilidad exclusiva de proporcionar o encontrar atención adecuada para sus hijos. (Vásquez en Padilla 46, citado por Reyes 226)

En una correlación metodológica, las tres obras revisadas hasta el momento (*Entre altares y espejos*, *ConPasión absoluta* y *Roza tumba quema*) sostienen la metáfora del conducto: los personajes femeninos han llegado a la maternidad, primero debido a una violencia simbólica y real, pero también en la manifestación discursiva e ideológica del patriarcado. Con la metáfora del conducto, las protagonistas han terminado por aceptar que su destino era el de tener descendencia. Luego, en la concreción de la metáfora del diseño (ver Tomlin, Forrest, Ming Pu & Hee Kim 109), el hablante supremo del patriarcado ha modelado las subjetividades de las protagonistas para cercarlas y sujetarlas a la productividad necesaria para su sustento.

La metáfora del conducto apenas es distinguible, aunque se le reconoce el grado de efectividad, dado que hay una multiplicidad discursiva inmersa en las mentes de los personajes femeninos. Tanto en *Entre altares y espejos* como en *ConPasión absoluta* la institucionalidad de la iglesia católica señala el camino que les corresponde como mujeres: con manuales y devocionarios, así como con protocolos, lo que compete es casarse y procrear; en *Roza tumba quema* y en “El círculo”, la recriminación por la no maternidad, el matrimonio o el desempeño propio de las tareas domésticas proviene de los iguales, es decir, de la misma comunidad.

No obstante, a mi juicio cabría considerar en esa dinámica discursiva la configuración de una tercera metáfora: una metáfora de autoconvencimiento que terminaría por perfeccionar la del diseño. En *Roza tumba quema* pesan con enorme fuerza las recriminaciones externas emanadas de la comunidad con “el qué dirán”, con lo cual el vecindario moldea el futuro de las hijas de la protagonista.

La madre exguerrillera reelabora en un discurrir incesante los medios y los recursos para contribuir con la idea de ser buena madre para las hijas que le quedan, en donde flota pesadamente la pérdida de la mayor. Ella alcanza un autoconvencimiento acerca de cómo sortear las penurias, las apariencias y el trauma heredado de los años de lucha guerrillera en la montaña, esto para mostrar una cortina de humo no solo ante sus hijas, sino ante la comunidad entera. El trayecto trazado al respecto, al igual que la continuidad de las metáforas del diseño y del conducto, taladran su pensamiento; es además la presión social de que, por convicción, su trabajo como madre deber superarse cada día y debe redundar en el bienestar del núcleo familiar, asimismo, sobre sus hombros lleva consigo la carga social de la ausencia de un hombre que cuide de ellas.

Sophie Large señala que “la novela podría verse, en este sentido, como una trayectoria iniciática por recuperar a la hija, que a su vez representa un recorrido hacia la recuperación, por la propia madre, de sí misma” (194). Es por ello, que, sin superar el trauma del abandono de la primera niña, la madre, como Sísifo, trabaja y procure alcanzar lo mejor para las hijas que le quedan.

Si bien tienen sus redes familiares, desde sus posibilidades económicas y educativas, las mujeres de las novelas alcanzan independencia en la manutención para sí mismas y para su descendencia, mas resulta insoslayable su autocuidado

mental. El caso es que *cuidan*<sup>14</sup> la imagen externa hacia sus comunidades, sus barrios y sus mismas familias, pero no advierten el caos en sus cabezas. Hay una ausencia de tratamiento de los traumas en las mujeres. Se da por sentado que estos no son nombrados. No se reconocen como tales y se muestran vaciados de contenido y existencia. Además, el influjo de la vida cotidiana borra el estado emocional de las protagonistas. El ejemplo más claro es la madre exguerrillera.

Para cerrar este acápite, recapitulo las siguientes argumentaciones. La primera se refiere a la violencia de la maternidad en las tres novelas. No hay noción de pensamiento en las protagonistas que indique la afectación en sus autonomías como seres humanos y como mujeres. De lo que sí son conscientes, como se ve en *Con Pasión absoluta*, es del ultraje de la violación; *Entre altares y espejos* idealiza con la noche de tormenta la situación de estupro acontecida entre el hacendado español y Fidelina; hay un encubrimiento de la honra de Lucía (hija de Fidelina) cuando los obligan a casarse a ella y a su novio, lo cual a todas luces es una forma de coacción.<sup>15</sup> La madre en *Roza tumba quema* no dimensiona la situación de pareja y mucho menos el embarazo, apenas reconoce el escenario de la guerra y goza medianamente de la compañía de su padre, guerrillero también.

El embarazo apenas tratado como estadio en las narrativas solo resuena cuando se oculta frente al enjuiciamiento social con el matrimonio (así sucede con la tía de Irene obligada a contraer nupcias); además la preñez es expulsión, como cuando Fidelina es sacada de la hacienda del amo español y cuando la madre exguerrillera pare a la hija que será dada en adopción a una pareja extranjera.

La última argumentación expuso las derivaciones de la maternidad como violencia: excepción hecha en la novela de Gallo, el resto de las obras manifestará que las protagonistas no solo tienen un hijo o hija porque, desconocedoras de la anticoncepción (esta es otro escenario de perjuicio, pues es del común que solo las mujeres se cuiden), asumen como jefas de sus núcleos familiares situaciones de analfabetismo, pobreza y explotación laboral. Coincidente con Federici (ver 164), lo que termina de cerrar el círculo de dominación masculina en el entramado de la vida reproductiva de las protagonistas, ha sido la sujeción al sistema político, que las orilla a la vida doméstica y reproductiva para procurar más seres humanos al sistema capitalista del tercer mundo centroamericano que, engarzado

<sup>14</sup> El resaltado es mío, I.B.L.

<sup>15</sup> Esto acontece, en comunión con la novela de Zardetto, con “reparar el daño”, noción arraigada de la tradición católica heredada de la colonia y de la sujeción patriarcal que velaba, porque en todo momento la pareja de novios no se hallara sola, en resguardo de la virginidad de la mujer y, consecuentemente, con las apariencias sociales, que podían ser tan punitivas como las instituidas por la Iglesia católica. Leemos: “la condena de la familia había sido unánime. La reputación de mi tía estaba en peligro y tenían que casarse. La sentencia fue notificada a los transgresores, a quienes se hizo saber lo que harían: se cumplirían las formalidades para que la gente *no hablara* y luego, si no la quería, la podría devolver a la casa. La condena era inapelable” [el resaltado es del original] (35). Lucía sale un día de Managua y se traslada a León a visitar a Fidelina, ya estaba en noviazgo con Casimiro, este sale al mismo destino de Lucía. La madrina (en Managua) le envía un telegrama a Fidelina y le reporta: “Lucía partió con su enamorado a León. Urge salvar su honor. Tiene que volver casada” (Gallo 109). Nótese que la acción de reparar corresponde, tanto en la novela de Zardetto como en la de Gallo a la idea, desde el discurso femenino, de arreglar lo dañado, como si las mujeres fueran un objeto. La recomposición social puede alcanzarse con una figura masculina (esposo).

a un sistema colonial productivo, no hace sino perpetuar el dominio del centro sobre la periferia.

### **La autonomía decisoria se cuele por las grietas del patriarcado**

Asumir que la maternidad atraviesa en amplitud las obras seleccionadas es entonces una falacia porque, si bien predomina en las producciones literarias, también se cuele un rechazo por esta. Surgen intersticios de autonomía acerca de la corporalidad para no procrear o, al menos, pronunciamientos iniciales subsumidos por las circunstancias de las protagonistas (esos son los casos de Benigna, hija de Fidelina; con mayor certeza Irene Ferrara en *Con Pasión absoluta*, y Marta en “El círculo”).

En las obras, la maternidad como intromisión coactiva sobre las corporalidades de las mujeres superó con creces su capacidad decisoria, dicho parecer no fue denominado y mucho menos distinguido por ellas, que se hallaron a las puertas de una responsabilidad social. Al contrario, el hecho de ser madres las sujetó al entramado social patriarcal; desplazadas ya sus circunstancias hacia la crianza de la descendencia, alcanzaron la noción de ser madres y, en ese sentido, entregarse a la totalidad del trabajo exhaustivo de contribuir con la estructura familiar. Para ello, todas las protagonistas, de alguna u otra forma, procuraron el sustento familiar; en Zardetto, sabemos, como se anotó líneas arriba, que Victoria cansada de buscar la manutención de su hija Nena, se convierte en maestra rural; la niña guerrillera continúa en el frente de batalla y a eso se le suman cuatro embarazos más (algunos en el período de guerra, otros luego de finalizado el conflicto).

Con la protagonista de Hernández, igualmente, accedimos al contexto de posguerra en donde las limitaciones como mujer y como exguerrillera fueron mayores. Con los acuerdos de paz, según relata la narradora, hubo ciertas gratificaciones (entrega de lotes, dinero, estipendios como pensiones de guerra por lesiones considerables que no permitieran laborar), de ahí que la mujer, con una propiedad y un molino, pudo salir medianamente del atolladero que significó volver a la vida civil y comunitaria. Fidelina solo tuvo a Lucía y esta, en un matrimonio forzado por la recriminación social, engendra a Benigna; la anciana mantiene el núcleo familiar con actividades de venta de pinol<sup>16</sup> y de trabajos de hechicería, que le acarrearán una discriminación social asociada a su condición de mujer, madre soltera, indígena y *bruja*.<sup>17</sup>

Con “El círculo” hay un acercamiento a un punto lábil en la estructura narrativa, el cuento dispone de dos mundos intersecados por Marta:<sup>18</sup> el primero

<sup>16</sup> Harina de maíz tostado (RAE, 2024). En Nicaragua es considerada una bebida nacional, su origen es prehispánico, se prepara generalmente, para tomarse fría o caliente.

<sup>17</sup> El subrayado es mío., I.B.L

<sup>18</sup> La narración inicia cuando la protagonista llega a la casa luego del trabajo, con la noción de que Daniel, el marido, la sigue a pocos pasos. Ambos se habían visto en el mismo autobús al regreso del trabajo. Marta se hunde en la preparación de la cena y absorta asume que Daniel ya está en la casa, por lo que le cuenta todo lo acontecido durante el día. Al notar que él no está, Marta lo busca en la casa, primero en una habitación en la que halla a un hombre que no es el esposo. En otra habitación ve a una mujer y a un niño en un petate. Finalmente, entra al cuarto de baño, se

es la mujer austera, en una realidad narrativa, quien regresa, como todos los días del trabajo, acongojada por diversas situaciones de la vida diaria y laboral. Lo que parece ser un mundo onírico, con otros planos de la realidad, caracterizados por la ambigüedad en la aparición de personajes no reconocidos por Marta, es el segundo espacio.

Con respecto del texto de Ramos, el análisis que se le ha hecho ronda en términos de la globalidad cuentística que rodea a *Una cierta nostalgia*. Meza Márquez señala que Ramos es la primera mujer hondureña que escribe relato corto de post-vanguardia:

Entre sus temas se encuentra el cuento de la guerra, cuentos que critican las relaciones de género, y cuentos que rescriben los relatos infantiles. En el caso de estos últimos, al igual que los clásicos, la mujer no logra escapar de la pasividad y de su condición como subordinada. Una característica de su obra es que las condiciones objetivas se imponen a sus personajes, mujeres y hombres. (“Panorama” s.p.)

Marta traspasa espacios y, con ello, se alcanza la perfección circular que, de paso, finaliza el cuento de Ramos. El segundo espacio de la oscuridad subsume la existencia aparentemente vulgar y cotidiana del empleo en una fábrica, penurias y cansancio de la mujer, que resulta notoria para este análisis por cuanto muestra qué sucede con la elección de no maternidad de Marta:

Es cierto que no tenemos hijos, pero por eso mismo necesitamos un respaldo para cuando no podamos trabajar [...] Te acordás que tu compadre Ramón te reclamaba la falta de hijos y te ofrecía darte una ayudita. Pero vos siempre has dicho que estamos bien así. Tu mamá, que en paz descansa, me regañaba por planificar, por no aceptar lo que el Señor nos manda. (Ramos 89-90)

La convención, homologada con la institucionalidad de la maternidad (ver Rich 57) subyace en la metáfora del diseño, por cuanto “en este enfoque, el hablante mantiene una representación conceptual de los sucesos o ideas que él pretende que se reproduzcan en la mente del oyente” (Tomlin, Forrest, Ming Pu & Hee Kim 109). De ahí que la suegra y el vecino como voceros del patriarcado reelaboren la necesidad de que Marta conciba, en nombre de la apariencia (esa es la noción sustentada por el vecino) y del mandato divino (principio defendido por la suegra de Marta). Hay una no aceptación social de que Marta casada con Daniel no tenga prole.

*Con Pasión absoluta* y *Entre altares y espejos* ilustran con dos personajes femeninos la elección de no tener descendencia. Irene Ferrara, la protagonista de la primera novela, no asume la maternidad, ni tan siquiera la menciona; al contrario, comparte narrativamente los mundos de las maternidades de su estirpe familiar. Al hacerlo, ella no duda en exponer la cadena de opresión y la ausencia de autonomía decisoria sobre las circunstancias de crianza de la descendencia; no obstante, exhibe un poder de convencimiento de que el universo femenino es lo que es, por eso, en el presente, le permite erigirse en la persona definida identitariamente. En Zardetto solo se cuela un episodio en el pensamiento de

---

auto reconoce como una mujer canosa y asume que la casa no es suya, por lo que se coloca en la puerta de entrada para subsumirse en la oscuridad y cerrar el círculo.

Irene: Nena, la madre de Irene, deseó siempre que su hija se casara y de blanco; recuerdo que guarda con resentimiento hacia su progenitora.

Benigna sí manifiesta abiertamente un menosprecio por tener descendencia porque ha observado el rechazo hacia Fidelina que emana de Lucía, desprecio que correlaciona con los cuidados y atenciones que su abuela materna le ha prodigado: “se tapó los oídos para no seguir escuchando los insultos que la hija le gritaba a Fidelina y se prometió a sí misma: —¡Jamás tendré hijos! Te ruego señor que nunca me mandés hijos” (Gallo 135). Aunque no son claras las circunstancias por las cuales Benigna se convierte en madre, sí es legítimo destacar que la maternidad es una noción de orden divino, de ahí que ella lo asocie con la figura masculina que impone el mandato de que las mujeres procreen.

El patriarcado desde diversos espacios y con empleo de múltiples narrativas facilita los insumos de dominación; por lo anterior, es reconocible que las protagonistas llegan a la maternidad desde un silencio, ni siquiera una articulación mental, y mucho menos oral, que les permita objetar lo que han llegado a experimentar en nombre de ser madres. La atomización de las narrativas patriarcales proviene de sus comunidades, de la iglesia católica y, en el peor escenario, de sí mismas, porque han operado con éxito ambas metáforas en la elaboración conceptual de la maternidad.

En ese sentido, lo que proponen Tomlin, Forrest, Ming Pu & Hee Kim refiere, además, ciertas razones problematizadas con la efectividad del discurso construido, pero en realidad, y en homologación con Rich, no acontece el problema de la integración del conocimiento (ver Tomlin, Forrest, Ming Pu & Hee Kim 110). Por lo anterior, las narrativas acerca de la naturaleza de que las mujeres deben ser madres han sido concertadas y practicadas durante siglos, lo que ha permitido que la maternidad, como la caracteriza Rich, sea la institución que es, con la vitalidad que rezuma en la vida pública y privada.

La distinción social ha marcado el transitar por esa autonomía de no querer descendencia: Irene con más y mejores posibilidades, que son el fruto de los mundos de vida de sus familiares femeninas, ha sabido abrirse paso en la sociedad como profesional, mujer culta y cosmopolita, con mayor capacidad y recursos de decisión; mientras que Benigna, heredera de una tradición conservadora en una sociedad de clara estructura sociopolítica dominante, construye un discurso de independencia que termina cayendo, o cediendo, a las dinámicas sociales constituidas para su condición socioeconómica, de género y de clase. Marta, en “El círculo”, se mantiene incólume también en la certeza divina, como acontece con Benigna: “yo nunca planifiqué, ni sabía qué era eso. Seguramente Dios no quiso que vinieran más niños a sufrir” (Ramos 89-90).

Si el colectivo señala la maternidad como imposición homogénea, la individualidad se hunde en esa premisa, por lo que en la subjetividad de las protagonistas se aborta toda noción de autonomía en la capacidad de decisión. En palabras de Rich (82), se sugiere que “no basta con dejar que nuestros hijos se vayan; necesitamos personalidades propias para regresar a ellas”, escenarios por lo demás extendidos en las narrativas, ya que, aunque los hijos y las hijas crezcan, las protagonistas gravitan sobre la vida de madre, nunca sobre el eje de la individualidad y la autonomía. En esa línea, se le suma luego el papel de

abuelas, tías y vecinas cuidadoras de la niñez, en apoyo social, emocional y hasta económico de las semejantes embarazadas.

Marta, como se vio líneas arriba, alude a la explotación laboral con amenaza de despido, razón que afianza su deseo de no ser madre, decisión que Daniel (su marido) también apoyó. Cuando se traslada del trabajo al hogar, sus pensamientos derivan en las amenazas de que se acerca su posible despido, pero, en este relato, dichas amenazas pueden ser enfrentadas por Marta de alguna forma. Argumenta desde tres posibilidades cómo hacerle frente a un posible despido: primero, no quiso tener hijos por su precaria economía con su pareja; segundo, no tiene ni tuvo posibilidades de engendrar y, por último, el ente divino no le *implantó* una criatura.<sup>19</sup>

En *Entre altares y espejos* destaca sobremanera la actitud irreverente de Fidelina, con todas las penurias y las circunstancias de la época, enfrentó al poder religioso que tenía tentáculos en el resto de los ámbitos públicos en León. Ella desafiaba, desde sus posibilidades, toda norma de autoridad o, en el más auténtico de los casos, lo deconstruía inteligentemente, leemos en voz de Benigna:

Le recordaba la hazaña de la abuela, cuando sacó a su San Judas Tadeo en procesión por todo el barrio [...] La procesión que había salido sin permiso del padre Agapito, párroco de la ermita del barrio, era seguida por un grupo de vecinos que cantaban y tiraban cohetes [...] —¡Yo te conjuro en nombre de Dios! ¡Obedecé mujer maldita! ¡Volvé a tu casa con este santo, de lo contrario quedarás excomulgada! (Gallo 17)

Si bien esto es significativo, Fidelina termina desobedeciendo preceptos religiosos y protocolarios de la institucionalidad de la iglesia católica local, dado que consiente, obedientemente, el hecho de que el amo español abuse de ella y que la mantenga siempre bajo el yugo de imposición colonial. Subyace una contradicción en un mismo personaje femenino: hay obediencia (con el señor feudal español) y desobediencia (con el sacerdote católico), que a todas luces ambas figuras de poder son masculinas.

Consecuente con lo que Federici manifiesta de que “en la sociedad capitalista el trabajo reproductivo no significa nuestra libre reproducción o la de otros según nuestros deseos” (164), en *Roza tumba quema* se trasluce una fuerte reprimación social, y de la vida privada de la madre y de sus hijas en la comuna en la que viven. Es de notar, entonces, que las metáforas del conducto y del diseño sobrevuelan las normas de la comunidad, por ello, en Hernández el carácter punitivo y de injerencia solo aplica para las mujeres, no así para los hombres. Nótese, por ejemplo, cuán permisivo es el comportamiento del colectivo frente al vecino violador que pretende entrar a la casa de la madre y que ha forzado, en otras ocasiones, a las mujeres de la comuna, así como ha vulnerado las propiedades.

Hernández ha puesto en el tapete una obra de la memoria, no solo colectiva, sino también individual de una mujer guerrillera anónima (recurso posiblemente para emplearlo como metonimia de todas las que combatieron, cocinaron, sirvieron como pareja sexual y murieron en los frentes de batalla). Marissa Gálvez Cuen explora la figura de la madre como el eje que une y distancia experiencias del pasado bélico de la mujer con respecto de sus hijas:

<sup>19</sup> La cursiva es mía, I.B.L.

Desde la exploración de la maternidad y de las implicaciones de este ejercicio en contextos bélicos y posbélicos, la novela expone los conflictos a los que se enfrentan los personajes femeninos de sociedades en desplazamiento, en lucha armada y en proceso de reconstrucción, de manera íntima y desde la cotidianeidad doméstica. (204)

Por una razón no menos importante, las mujeres, antes que ciudadanas, deben ser hijas, madres, esposas y abuelas. Este ritual responde a la noción histórica, social y discursiva del ser-madre y ser-alguien en la cultura patriarcal occidental, donde la “esencia” femenina se ha configurado como categoría simbólica de identidad (ver Dröscher 278). Bajo la norma transnacional centroamericana, la sexualidad ha sido dispuesta como auxilio y horizonte de las necesidades sociales masculinas, es decir, como mandato reproductivo estructurador de la experiencia subjetiva de ser-mujer. Este engendrar colectivo supone responsabilidades morales, religiosas y físicas, sobre las que pesan voces de “otros” esclavizadores del cuerpo y, por tanto, de la autonomía.

Gálvez Cuen aduce que el silencio sobre el pasado guerrillero de la madre con respecto de sus hijas se debe a situaciones de incomunicación o mejor aún, de ocultamiento de la vida pasada de la protagonista:

Para el personaje de la madre, uno de los conflictos comunicativos con sus hijas surge en lo referente a la solvencia económica de la familia y ante los que ambas partes responden con diferentes soluciones a urgencias dispares. Ante el cuestionamiento, por demás retórico, de la madre sobre el porqué de la falta de apreciación de sus hijas respecto al sacrificio materno, desde su misma perspectiva intimista se responde que esta falta de valoración o comprensión se debe al escaso acceso de las hijas a su vida anterior. (213)

Sobre ese eje se asienta una carencia de diálogo generacional que bien pudo subsanar las penurias, los sacrificios de la madre para con sus hijas y la protección que ella intentó en todo momento mantener. Gálvez Cuen resalta entonces el enfoque generacional y el manejo del pasado de violencia en el movimiento guerrillero de la madre. Podría conjeturarse que la mujer no revela su pasado por temor a ser juzgada por sus hijas, lo que consecuentemente se traduce en un predominio del presente como tiempo estático en la novela. En el momento se solventan las necesidades, se atienden las amenazas de la comuna, se procura el techo, la comida y medianamente la educación.

Sebastián Reyes acota que la protagonista sale de un momento histórico (la guerra) para mostrarnos que “la subjetividad de la mujer guerrillera se rebela constantemente contra la tradición patriarcal que, como veremos, ni la guerra ni la posguerra han logrado cambiar” (216). Esta exguerrillera, como el resto de las protagonistas, continúa en los caminos de la tradición colonial. En Zardetto se teje la trama desde la guerra en Guatemala y los acuerdos de paz que tampoco logran subsanar las diferencias en una nación conservadora, homologación manifiesta en *Roza tumba quema*; en Ramos la narración muestra una sociedad en la que el proyecto capitalista y de explotación no alcanza para pensar en tener descendencia.

Por otro lado, Selma Rodal Linares en relación con *Roza tumba quema* explora la heterogeneidad de los cuerpos que, unidos desde la acción de rozar, tumbar y quemar, han abierto posibilidades desde la comunidad y el colectivo

para reinventarse frente a las violencias. Dedicar especial atención a la relación de la maternidad de la protagonista consigo misma, con sus hijas y otras mujeres en la comunidad.

Posteriormente, Rodal Linares explora los roles tradicionales que el patriarcado instituye para el colectivo femenino, despojado de posibilidades en la comunidad, nada más para ser hijas, esposas, cocinar y tener descendencia. Fuera del colectivo comunitario, como le sucede a la protagonista en el núcleo guerrillero, replica los mismos patrones, lo que también implica cumplir con el mandato social, consistente en que “sobre la mujer cae una segunda responsabilidad: debe proveer de combatientes a la guerrilla; de votantes al partido político; de habitantes, que son promesa de continuidad, a la comunidad” (129).

Asimismo, cuando las hijas, en la novela de Hernández, vislumbran una luz que brilla diferente en cuanto a la posibilidad de estudiar, irse a la capital e, incluso, ir donde la hermana que vive en París; algo tan sencillo y de vida cotidiana como teñirse el cabello termina subsumido en el enjuiciamiento moral porque ya no se comportan acorde con la norma de la comuna:

Todos se enfadaron con ella, pero no volvieron a molestarla. Le dijeron a su madre que debía hacer algo con esa niña: creía que podía irrespetar a los hombres y responderle a los demás como quería. No llegaría muy lejos con esa actitud. Y sería muy difícil casarla. ¿Por qué no era más como su hermana? ¿Por qué no pasaba de la universidad y formaba un hogar? Había hombres muy buenos en los alrededores, hijos de compañeros de lucha con los que podía hacer buena vida o incluso excombatientes viudos con los que podía formar un hogar. No tendría riquezas, pero se realizaría como mujer. (88)

Al respecto, Claudia Hernández acota en una entrevista hecha por Gabriela Alemán para la serie “Latin American Writers: Claudia Hernández”, acerca del colectivo femenino presente en *Roza tumba quema* y de cómo literariamente retrata a las mujeres:

Esa decisión la tomó el miedo [...] toda la gente que estaba entrevistando se negaba a darme sus declaraciones hasta que yo le juraba: “No se va a saber tu nombre, yo no voy a decir en qué lugar es. No voy a decir en qué departamento. No voy a decir en qué región”. Y tenía que jurarles. Y, bueno, hubo un, un caso en el que, yo tenía que hacer la grabación. Tenía que transcribir enfrente de la persona y borrarla enfrente de ella [...] para que estuviera segura. Entonces la razón por la que no hay nombres no es una razón estilística. De nuevo, es el miedo. Es el miedo de la gente que sigue estando allí [...] Es una historia que nos sucede a todas. (s.p.)

Nótese la idea de colectividad imbricada en la compleja narración de Hernández y cómo se difuminan las voces de las mujeres que, retratadas antes, durante y después del conflicto armado, se yerguen a pesar del miedo, y se convierten en madres y abuelas, dispuestas siempre a sobrevivir a pesar de las circunstancias. Ese miedo, que refiere Hernández, en la entrevista sostiene las existencias del colectivo femenino en cuanto a sí mismas y a sus núcleos familiares. Es el temor latente y persistente de nuestras sociedades centroamericanas luego de los acuerdos de paz.

En la colectividad de Hernández, como metonimia de las mujeres del resto de las obras, no abunda la emancipación femenina en el sentido asociado

a la corporalidad, solo escasamente en algunas vocalizaciones surgen indicios de cierta libertad para modificar algunas experiencias de vida cotidiana en las narrativas. Este es el caso de Benigna, quien no desea continuar con la cadena de desprecio que reconoce en su madre para con su abuela; las hijas mayores de la exguerrillera pretenden, desde sus posibilidades, aunque sumamente reducidas, alcanzar otras formas para salir adelante. Irene sí detiene el eslabón de procreación sostenido en la saga familiar durante años y, por último, Marta definió y moldeó de mejor manera su negativa a tener descendencia por circunstancias económicas deplorables, las cuales prevalecen en todas las obras.

En lo que sí hubo determinación ininterrumpida en el corpus fue en la independencia que, como mujeres y jefas de hogar, mantuvieron las protagonistas; salvo, hechos aislados en los que tanto la abuela Victoria, como la madre de Irene buscaron el apoyo económico de una paternidad reconocida para, posteriormente, cansarse y buscar otros medios para salir adelante. Resulta contradictorio señalar esa independencia alcanzada por las mujeres protagonistas con respecto de la manutención económica de la descendencia, pero también cabe indicar que el apoyo económico de las criaturas es un derecho, en algunas obras logrado por las vías legales correspondientes; no obstante, en Victoria, la madre exguerrillera y en la Nena, se evidenció la frustración y la violencia patrimonial contra la niñez.

Otro punto significativo se manifiesta en *Entre altares y espejos*, pues da cuenta de una rebeldía significativa en la abuela Fidelina, con respecto de la dominación de la iglesia católica sobre sus creencias y sobre los protocolos que irrumpe ella con su forma de devoción; Lucía, la madre de Benigna, quien se ha trasladado de León a Managua, traduce su rechazo a la figura materna y su repulsión por el sincretismo religioso practicado por su progenitora. Hay un salto en el cambio generacional, por lo que Lucía entra a laborar en una maquila, con lo cual pretende borrar u ocultar sus orígenes, por lo que “todo parecía indicar que no tendría el destino de su madre. Sólo [*sic*] ensombrecía sus perspectivas de salir de la pobreza, la fama de su progenitora” (Gallo 99). Benigna sí mantiene nexos con las creencias y las prácticas de la abuela, sobre ese universo oral, mítico y primigenio; Benigna traspasa los ejes espacio temporales de la narración.

Las articulaciones de la maternidad en las obras resultaron diversas, aunque si bien hay personajes femeninos que desearon ser madres, otras, en una gran mayoría, llegaron a la maternidad forzadas por circunstancias, y terminaron aceptándola sin cuestionamientos porque no poseían o no habían articulado y comunicado un discurso de rechazo al respecto. En esa línea, se consolida lo que Rich reconoce como la regulación de los hombres sobre las mujeres (ver 78) y sobre el carácter reproductor que ellas entrañan; lo que en el caso centroamericano no escapa a un control global sobre lo que atañe a los asuntos de salud reproductiva (métodos de planificación, aseguramiento de la corporalidad femenina y del dominio de esta como parte del patriarcado).

Si bien es cierto y loable destacar, todas las protagonistas asumieron la maternidad y consigo la ramificación de otras violencias aunadas a esta, lograron, desde sus posibilidades, salir adelante. Es representativo que en dos de las protagonistas (la madre exguerrillera y en la abuela Victoria) el trauma del primer embarazo perdurara a pesar del paso del tiempo: en la primera, desde su nación

visualiza, piensa y reflexiona sobre lo que representó dejar a la bebé, para que luego fuera dada en adopción; mientras que Victoria aún en la nebulosa de su condición de adulta mayor desahuciada, discurre sobre el momento de la violación en los que el tiempo y el espacio se detienen como instantáneas del acto de violencia sufrido.

## Conclusiones

Al cierre del artículo, y en concordancia con el objetivo, es reconocible cómo la balanza inclinada mayormente del lado de la maternidad termina por subsumir, desde las metáforas del conducto y del diseño, las experiencias de vida de las mujeres protagonistas. Consecuente con estas acciones y discursos, las sociedades más o menos esbozadas en los corpus, condensan desde diversas instancias (religiosas, civiles y militares) una forma tal de conducción de las mujeres hacia la maternidad, se quiera esta o no.

Cuando medianamente se esbozan criterios de decisión, estos terminan por ser aplacados por el patriarcado en las formas más significativas que las obras mostraron: sujeción a un amo en una relación de servidumbre, como aconteció en *Entre altares y espejos*; una violación en *ConPasión absoluta*, que repite el modelo de dominio colonial en las sociedades nicaragüense y guatemalteca; un estupro en el sistema de fuerzas arraigado en una célula guerrillera y, finalmente, pero no por eso menos evidente, en la ausencia de descendencia en “El círculo”, narrativa que también respalda la idea de que ser madre es un ordenamiento divino de un ente masculino.

Si bien es significativo el arraigo de la maternidad como institución en el corpus analizado, también lo son las emanaciones de la violencia primera: la del acto que lleva a la preñez de las protagonistas. En lo que respecta a esas ramificaciones reconocidas en las obras como paternidades irresponsables, embarazos no planificados, escasas oportunidades de desarrollo educativo y, por lo tanto, económico; es legítimo el reconocimiento de las herramientas y de los conocimientos para hacerle frente a las limitaciones, obstáculos e imposiciones que las sociedades plantaron para esas mujeres como madres, parejas y como ciudadanas.

Es evidente, además, una recriminación social, en *Roza tumba quema*, cuando la protagonista procura, desde sus medios, no dejar que se cuelen más acciones o discursos para ser objeto/sujeta de comentarios en la comuna; por ello, hay ambigüedad en las sujeciones y en las resistencias al acto extenso y de nunca acabar que significa la maternidad. La exguerrillera, a pesar de las exigencias patriarcales, la recriminación social, el señalamiento y la marginación, trata de construir un mejor destino para las cuatro hijas que le quedan, a pesar de las tareas y responsabilidades que, como mujeres, les corresponde desempeñar.

En *Entre altares y espejos* de Gallo, *ConPasión absoluta* de Zardetto, *Roza tumba quema* de Hernández y “El círculo” de Ramos, aparte de las exigencias patriarcales por la recriminación social, el señalamiento y la marginación como consignas que determinan el destino de las mujeres protagonistas; a pesar de las tareas y responsabilidades que, como seres humanos, asumen en las sociedades, y la pervivencia que, en la literatura de la región, y en lectura de las naciones

centroamericanas, se manifiesta el siguiente paradigma: si se es mujer, se debe ser madre también.

Por ello, las mujeres, en las representaciones literarias ficcionalizadas, terminan siendo la medida especular de las sociedades que las acogen en la trama. Las metáforas del diseño y del conducto aseguran la inexistencia y articulación epistémica en perjuicio de las corporalidades, de los derechos humanos para poseer una vida digna y, lo que es más grave, pero que tampoco se estructura como tal: las derivaciones de más vejaciones producto de un embarazo. Con una criatura a cuestas, la figura de la mujer se pierde, como señala Rich, es posible que nunca se autorrecupere, dadas las tareas cotidianas pertinentes con las dinámicas sociopolíticas inmersas en el analfabetismo, la pobreza y la explotación laboral; salvo casos en que, a pesar de todo, alcanzan medianamente ciertas oportunidades para sus núcleos familiares.

## Obras citadas

- Aldana, Aldo G. “Entre Altares y Espejos. Mi humilde opinión No. 99”. *El forastero lector* 26 de marzo 2024: s.p. Web.
- Alemán, Gabriela. “Latin American Writers: Claudia Hernández”. Stone Center for Latin American Studies. *YouTube*. 23 abril de 2019. Web.
- Arita, Dennis. “El mundo perturbador de *Una cierta nostalgia*”. *Carátula* 25 de noviembre 2017: s.p. Web.
- Besse, Nathalie. “Historia de una mujer indígena en *Entre altares y espejos* de María Gallo: formas y límites de la emancipación”. *Las formas de la pesadilla. Poder, ética y sentido en 24 novelas nicaragüenses (1998-2019)*. Managua: Pergamino Ediciones, 2022. 261-277. Impreso. [Consultado en libre acceso en HAL, con paginación 1-10].
- Bonilla, María. “El lugar imposible de las mujeres en seis novelas centroamericanas contemporáneas”. *Letras* 49 (2011): 79-94. Web.
- Chacón, Albino. *Diccionario de la literatura centroamericana*. San José: Editorial Costa Rica, 2007. Impreso.
- Dröschner, Bárbara. “Huérfanas y otras sin madre”. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 30.59 (2004): 267-295. Web.
- Federici, Silvia. *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de sueños, 2013. Impreso.
- Gallo, María. *Entre altares y espejos*. Managua: Centro Nicaragüense de Escritores, 2000. Impreso.
- Gálvez Cuen, Marissa. “La violencia y sus expresiones en la narrativa guatemalteca y salvadoreña de la posguerra”. Tesis doctoral. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2020. Web.
- Gálvez Cuen, Marissa. “Memoria y vida comunitaria en el contexto transicional de *Roza tumba quema* de Claudia Hernández”. *Istmo: Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 37 (2018): 190-205. Web.
- Grégori, Ruth. “Reseña del libro de cuentos *Una cierta nostalgia*, de la escritora hondureña María Eugenia Ramos”. *La ZèBrA* 1º febrero de 2018: s.p. Web.
- Guerrero, Munir Hachimi. “Estéticas nómadas: una panorámica de la literatura centroamericana contemporánea (2001-2015)”. *Colección Letral* 265 (2021): 265-279. Web.
- Hernández, Claudia. *Roza tumba quema*. Madrid: Sexto Piso, 2017. Impreso.
- Large, Sophie. “De violencias y traumas: las mujeres en la posguerra en *Roza, tumba, quema* de Claudia Hernández”. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 38 (2019): 191-203. Web.
- Marchio, Julie. “De la ‘nueva novela histórica’ a la ‘novela intrahistórica’: ¿hacia una escritura femenina de la historia?”. *Mesoamérica* 34.55 (2013): 113-121. Impreso.

- Membreño Cedillo, Mario A. "Análisis crítico de Mario A. Membreño Cedillo sobre *Una cierta nostalgia*. Cuando se llevaron la noche". *diSentimientos. El blog de María Eugenia Ramos* 1 de marzo de 2011: s.p. Web.
- Meza Márquez, Consuelo. *Penélope. Setenta y cinco cuentistas centroamericanas*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2017. Impreso.
- Meza Márquez, Consuelo. *Diccionario bibliográfico de narradoras centroamericanas con obra publicada entre 1890 y 2010*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2011. Impreso.
- Meza Márquez, Consuelo. "Panorama de la narrativa de mujeres centroamericanas". *Diálogos. Revista Electrónica de Historia* 5.1-2 (2005): s.p. Web.
- Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe. "Maternidad en adolescentes". 2024: s.p. Web.
- Pina, G. Raquel. "La literatura como espacio de resistencia. Mujer y maternidad: la falacia del espacio privado". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 32.63/64 (2006): 297-310. Web.
- Ramos, María Eugenia. *Una cierta nostalgia*. Tegucigalpa: Guardabarranco, 2000. Impreso.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Web.
- Reyes, Sebastián. "Mujer de armas tomar: la conciencia femenina en la novela *Roza, tumba, quema* de Claudia Hernández". *Revista de Humanidades* 43 (2021): 213-236. Web.
- Rich, Adrienne. *Nacemos de mujer: La maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Traficantes de sueños, 2019. Impreso.
- Rodal Linares, Selma. "La semántica femenina en *Roza tumba quema* de Claudia Hernández". *Península* 18.1 (2023): 115-136. Web.
- Rodal Linares, Selma. "Cortar, recordar y desear: la afectividad femenina en *Roza tumba quema* de Claudia Hernández". *Mitologías hoy* 26 (2022): 103-114. Impreso.
- Rolla, Sara. "El oficio narrativo de María Eugenia Ramos". *diSentimientos. El blog de María Eugenia Ramos* 7 octubre de 2012: s.p. Web.
- Tomlin, Russell S., Linda Forrest, Ming Ming Pu y Myung Hee Kim. "Semántica del discurso". *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I: Una introducción multidisciplinaria*. Comp. Teun A. van Dijk. Barcelona: Gedisa Editorial, 2008. 107-170. Impreso.
- UNFPA. *Consecuencias socioeconómicas del embarazo en la adolescencia en seis países de América Latina. Implementación de la Metodología Milena en Argentina, Colombia, Ecuador, Guatemala, México y Paraguay*. Fondo de Población de las Naciones Unidas – Oficina Regional, 2020. Web.
- Vásquez Monzón, Olga. "*Roza tumba quema*, giro afectivo y educación literaria". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 47 (2023): 24-35. Web.
- Villalta, Fátima. "Frente al machismo, la moral y el Estado: representaciones de la violencia en *Roza tumba quema* de Claudia Hernández". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 48 (2024): 76-89. Web.
- Zardetto, Carol. *ConPasión Absoluta*. Guatemala: F&G Editores, 2005. Impreso.